DOROTHY DUNNETT

JUEGO DE REYES

Traducción de Nicolás Ordozgoiti
Revisión y corrección Paloma Delgado-Echagüe

ediciones Pàmies

Título original: *The game of kings*

Primera edición: marzo de 2008

Copyright © 1961 by Dorothy Dunnett

© de la traducción: Nicolás Ordozgoiti, 2007- Paloma Delgado-Echagüe, 2008

© de esta edición: 2007, ediciones Pàmies
Carlos Alonso, editor
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-05-8

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Ilustración de cubierta: With all their banners bravely spread (1878); Sir John Gilbert
Bridgeman Art Library/ Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

JUEGO DE REYES está dedicado a una mujer inglesa y a un escocés que parecen estar hechos el uno para el otro

PARA
ALISTAIR MACTAVISH DUNNETT
Y
DOROTHY EVELINE MILLARD HALLIDAY

Sea of The Hebrides
North Sea
Iona
Firth of Lorne
Sound of Jura
Loch Fyne
Loch Long
Firth of Clyde
Loch Katrine
Loch Vennachar
Lake of Menteith
Loch Lomond
Loch Leven
R. Tay
Dundee
Broughty Fort
Perth
Stirling
Forth Estuary
Tantallon
Leith
Haddington
Cockburnspath
Edinburgh
Pinkie
Dalkeith
Heriot
Dumbarton
R. Clyde
Berwick on Tweed
Norham
Lauder
Hume
Wark
R. Tweed
Biggar
Boghall
Melrose
Roxburgh
Midculter
Lamington
Convent
Hawick
Crumhaugh
Branxholm
Warkworth
Crawfordmuir
Bairguhan
Ballaggan
Durisdeer
Peel Tower
Drumlanrig
Thornhill
SCOTLAND
ENGLAND
Langholm
R. Nith
Lochmaben
Dumfries
Annan
ROMAN WALL
Newcastle
Haltwhistle
Hexham
Threave
Carlisle
Solway Firth
Osbrich Inn
R. Esk
London - 280 miles
N
0 10 20 30 40 50 miles
© CASSEL & CO LTD 1962

PERSONAJES:

Estos son algunos de los escoceses que tienen un papel en nuestra historia:

RICHARD CRAWFORD, tercer barón Culter del castillo de Midculter, Lanarkshire
SYBILLA, la viuda lady Culter, su madre
MARIOTTA, su mujer
FRANCIS CRAWFORD DE LYMOND, señor de Culter, su hermano

SIR WALTER SCOTT DE BUCCLEUCH, un terrateniente de la frontera
JANET BEATON, su mujer
WILL SCOTT DE KINCURD, hijo menor de Buccleuch y su heredero

SIR ANDREW HUNTER DE BALLAGGAN
CATHERINE, su madre

AGNES, lady Herries, una joven heredera
JOHN, señor de Maxwell, hermano de Robert, sexto lord Maxwell
THOMAS ERSKINE, comendador de la abadía de Dryburgh y señor de Erskine

LADY JANET FLEMING, viuda, del castillo de Boghall, tía e institutriz de la Reina
LADY CHRISTIAN STEWART, su ahijada
MARGARET GRAHAM, su hija viuda

ARCHIBALD DOUGLAS, sexto conde de Angus, ex-marido de la viuda del rey Jaime IV
SIR GEORGE DOUGLAS, su hermano
SIR JAMES DOUGLAS DE DRUMLANRIG, su cuñado y tío de Maxwell

JOHNNIE BULLO, un gitano
TURKEY MATTHEW, un soldado mercenario

Corte:
MARÍA DE GUISA, viuda del rey Jaime V y regente de Escocia
MARÍA, REINA DE ESCOCIA, su hija de cuatro años
JAMES HAMILTON, segundo conde de Arran y Canciller de Escocia
HENRY LAUDER de ST. GERMAINS, fiscal de la Corona
ARCHIBALD CAMPBELL, cuarto conde de Argyll, lord General de Justicia

Y estos, por nacimiento o por adopción, son los ingleses:

EDWARD, duque de Somerset, conde de Hertford, vizconde de Beauchamp, lord Seymour; lord Protector de Inglaterra y tutor de su sobrino, el rey Eduardo VI, de nueve años

Lores custodios:

SIR WILLIAM GREY, decimotercer barón Grey de Wilton, lord Lugarteniente de las marcas septentrionales de Inglaterra
THOMAS WHARTON, primer barón Wharton, capitán de Carlisle y Guardián de las marcas occidentales
HENRY WHARTON
SIR THOMAS WHARTON sus hijos
SIR ROBERT BOWES, lord Guardián de las marcas orientales y centrales

MATTHEW STEWART, conde de Lennox y lord Darnley, franco-escocés naturalizado inglés

LADY MARGARET DOUGLAS, su mujer e hija del conde de Angus

Antiguos oficiales de la Casa Real:

JONATHAN CROUCH, prisionero de guerra
GIDEON SOMERVILLE DE FLAW VALLEYS, Hexham
KATE, su mujer
PHILIPPA, su hija
SAMUEL HARVEY

Comandantes y oficiales menores:

EDWARD DUDLEY, capitán del castillo real de Hume en Escocia
ANDREW DUDLEY, capitán del fuerte Boughtry en el río Tay, en Escocia
THOMAS WYNDHAM, capitán de la flota inglesa en el río Tay
SIR JOHN LUTTRELL, capitán de la fortaleza real de St. Colme's Inch en el río Forth, en Escocia
SIR RALPH BULLMER, capitán del castillo real de Roxburgh, en Escocia
SIR THOMAS PALMER, soldado e ingeniero

ÍNDICE

GAMBITO DE APERTURA
Amenaza a un castillo
11

PRIMERA PARTE
La partida por Jonathan Crouch
37

SEGUNDA PARTE
La partida por Gideon Somerville
187

TERCERA PARTE
La partida por Samuel Harvey
277

CUARTA PARTE
La partida final
383

Gambito de apertura

Amenaza a un castillo

En primer lugar, el tablero habrá que mencionar
Y después de aquél, el movimiento adecuado
De todo hombre a las órdenes de su rey
Y en tanto que el tablero así se nos muestra
Bien pudiera ser que el reino y la corona
El mundo y todo lo que en él se halla
Figuradamente el tablero represente[1]

«Lymond ha vuelto».

Se supo poco después de que el *Sea-Cattle* arribase a Escocia proveniente de Campvere, en Zelanda, portando un cargamento ilícito y un hombre al que nunca debió haber transportado.

«Lymond está en Escocia».

Lo decían hombres dedicados a prepararse para la guerra contra Inglaterra, con desprecio, con disgusto; con el gesto torcido. «He oído que el hermano menor de lord Culter ha regresado». Sólo de vez en cuando se escuchaba una voz de mujer pronunciando esas mismas palabras pero en tono distinto, seguidas de una risita.

Los hombres de Lymond sabían que vendría. Mientras esperaban su llegada en Edimburgo se preguntaron por un momento cómo pensaba penetrar en una ciudad amurallada para llegar hasta ellos. La respuesta no parecía preocuparles.

Cuando el *Sea-Cattle* llegó, Mungo Tennant, ciudadano y contrabandista de Edimburgo, ignoraba todo esto, así como tampoco sabía quién era el pasajero que viajaba a bordo. Se limitó, como tenía por costumbre, a superar unos incipientes escrúpulos antes de dedicarse

[1] Los versos que introducen cada capítulo han sido extraídos de *Game and Playe of the Chesse* (1477), de William Caxton, libro que explica las reglas del ajedrez como una alegoría del mundo y el hombre (N. del T.)

al comercio ilegal; poco después los botes empezaron a descargar por el Nor' Loch, un lago al norte de Edimburgo, un cargamento de armas libres de impuestos, fardos de terciopelo y vino de Burdeos destinados al almacén secreto que había bajo la casa de Mungo.

Entre los juncos del Nor' Loch, donde se daban cita la agachadiza y la becada y los cisnes de Baillie alzaban sus grises cuellos, un hombre se desvistió silenciosamente hasta quedarse en mangas de camisa. Después se quedó quieto un instante, escuchando a su alrededor, antes de sumergirse lentamente en el agua.

Bordeando unos 125 metros de negras aguas se alzaban las casas de Edimburgo, que sobre la colina parecían formar un friso. Aquella noche, el castillo que había en lo alto estaba completamente iluminado, proyectando sobre el agua una constelación de estrellas. En su interior, el Canciller de Escocia y conde de Arran escuchaba interminables informes sobre el ejército inglés, que se preparaba para invadirlos.

Al pie del castillo, en la residencia de la Reina madre, también había luz. La viuda francesa del difunto Rey, María de Guisa, tampoco podía conciliar el sueño por culpa del temido ataque. Y es que la Reina, aquella niña pelirroja en cuyo nombre Arran gobernaba, era su hija. Sucedía que el propósito de Inglaterra era forzar un enlace entre la pequeña reina María de cuatro años y el joven rey Eduardo, de nueve, planteándose incluso, si la ocasión se presentaba, raptar a la prometida. La paja chamuscada, la piedra destrozada y las paredes tiznadas del castillo de Holyrood atestiguaban el ataque que, años antes, los ejércitos invasores ingleses habían perpetrado.

Poco se hubiera preocupado Mungo Tennant de los problemas de la ciudad mientras esperaba la llegada del cargamento, de no ser porque el constante recrudecimiento de la guerra contra Inglaterra suponía inevitablemente una vigilancia más estricta de las entradas de la villa. La derrota absoluta ante los ingleses treinta y cuatro años antes en Flodden había tenido como consecuencia la construcción de altos muros alrededor de todo Edimburgo, lo que para un contrabandista resultaba rematadamente problemático. También lo era para Francis Crawford de Lymond, que en aquel momento cruzaba a nado las tranquilas aguas del Nor' Loch, siguiendo la estela de un bote. Si el cargamento de un contrabandista podía atravesar las defensas de una ciudad, también podía hacerlo un rebelde forajido cuya vida poco valdría si llegaban a atraparlo.

Algo más tarde, el bote se topó con el barro y fue arrastrado silenciosamente hasta la orilla. Los remeros descargaron. Soportando sus pesados fardos, pisotearon en silencio la hierba y cruzaron el jardín sorteando obstáculos hasta llegar al subterráneo que llevaba hasta el almacén bajo la casa de Mungo. El nadador, cuerpo a tierra y cubierto de algas, se sacudió para secarse y siguió a la comitiva sin ser visto, introduciéndose tras ellos en la casa del contrabandista. Poco después, Crawford de Lymond, tras salir sigilosamente de la casa de Mungo, entraba en Edimburgo.

Una vez allí, la cosa era sencilla. En una pequeña habitación en High Street se cambió rápidamente de ropa, poniéndose algo más discreto, mientras aquellos que estaban a su servicio le relataban dos meses de noticias sin dejar detalle.

—...y así, el Canciller calcula que los ingleses llegarán en tres semanas, y bien puede decirse que anda correteando despavorido de un lado a otro como una gallina sin cabeza... –dijo el portavoz.

—Yo —dijo Lymond, con aquella voz inconfundible con la que aterciopelaba sus más letales pensamientos—, soy un narval en pos de su virgen. Como Caribdis, me he tragado el mar entero, y a falta de mejor entretenimiento lo escupiré tres veces al día, si se me paga bien. Repetid con detalle lo que acabáis de decirme sobre Mungo Tennant.

Así lo hicieron, y después de darles instrucciones, se marchó, haciendo un alto en el marco de la puerta para sujetarse la negra capa a la altura de la barbilla.

—Tímido —se limitó a decir Lymond—, como un diente de perro violeta. —Y se marchó.

Mungo Tennant, adinerado y respetable burgués, había invitado a su gran casa de Gosford Close a un vecino y al amigo de éste. Sobre el dintel de la puerta principal colgaba, presidiendo, una cabeza de cerdo. Sus invitados y él se sentaron en sillas de madera tallada que reposaban sobre una alfombra del Kurdistán; comieron capones, codornices, pollos, pichones y fresas, cerezas, manzanas y peras, sin que ello fuera en ningún momento impedimento para mantener un acalorado e intenso debate.

A las diez en punto, el resto de los habitantes de la casa se fue a la cama.

A las diez y media, el sirviente de Mungo fue a abrir la puerta tras

escuchar en ésta unos suaves toques, que resultaron ser obra de Hob Hewat, el aguador.

El sirviente preguntó a Hob, en lengua vernácula y divagando cada dos o tres palabras, qué era lo que quería.

Hob dijo que le habían pedido que trajese agua para la cerda.

El sirviente lo negó. Hob insistió. El sirviente procedió a explicarle lo que podía hacer con el agua, y Hob procedió a describir detalladamente cómo se había destrozado la espalda para sacar la sucia agua del pozo para la cerda. Mungo, en el piso superior, dio un pisotón en el suelo para que terminase la disputa, y el sirviente, maldiciendo, se rindió. Condujo al aguador hasta el piso en que, bajo las escaleras, vivía la enorme cerda de Mungo, emblema de su casa, mascota y alelada niña de sus ojos, y esperó mientras Hob Hewat rellenaba el abrevadero. Un devastador golpe en la cabeza le obligó a sentarse de improvisto.

Hob, que había hecho todo lo que le habían pagado por hacer, desapareció.

El sirviente resbaló hasta caer al suelo, y allí se quedó.

La cerda se acercó al agua, la olfateó con deleite y sumergió en ella el hocico y las pezuñas delanteras.

Francis Crawford de Lymond ató al sirviente, salió de la pocilga y subió por las escaleras hacia la casa de Mungo.

Ante la aquiescente mirada de su anfitrión, sir Walter Scott de Buccleuch y Tom Erskine seguían enzarzados en la discusión. Buccleuch, de nariz ganchuda como un guacamayo, era un fornido y recio escocés de las Tierras Bajas, de mente estrecha, con una voz como la de San Columba, y propietario de una de las mayores fortunas de la frontera escocesa. Erskine, mucho más joven, de tez rosácea, achaparrado y vehemente, era el hijo de lord Erskine, cabeza de una de las familias cercanas al trono, y capitán de la fortaleza real de Stirling.

—Ya lo veréis —rugía Buccleuch—. Ya lo veréis. El regente Somerset reunirá a sus malditos ingleses y marchará hacia Escocia por la costa oriental. Y le dirá a su comandante, lord Wharton, que reúna a sus ingleses de Cumberland y que nos invada al mismo tiempo por la costa occidental. La mitad de los terratenientes de la costa occidental sirven ya a los ingleses, así que no ofrecerán resistencia. Y los demás estaremos aquí, en Edimburgo, luchando contra Ned Somerset...

—No todos —dijo Erskine tranquilamente.

Los bramidos de Buccleuch retumbaban en las paredes.

—¿Acaso quedará alguien en el oeste que valga lo más mínimo?

—¿Qué os parece Andrew Hunter de Ballaggan?

—¡Válgame Dios! Andrew es un buen chico, de maneras gentiles, pero su fortuna se ha visto reducida a la nada; y en cuanto a ese grupo de gente tristemente armada a los que llama sus seguidores... ¡Vive Dios que caerán en el campo de batalla como moscas!

—¿El tercer barón de Culter? —sugirió Tom Erskine, y Buccleuch se tornó burlón ante el dardo lanzado.

—Conozco bien los rumores que circulan por la corte –bramó Buccleuch—. Dicen que no hay que fiarse de Culter.

Tom Erskine encogió sus anchos hombros, cubiertos de brocado.

—Dicen que no hay que fiarse de su hermano menor.

—¡Lymond! Todos conocemos a Lymond. Un ladrón, un rufián; capaz de toda clase de canalladas...

—Y un traidor.

—Y un traidor. Pero la traición no es un plato del que guste lord Culter. Los hay dispuestos a emplear su tiempo y sus hombres en capturar a Lymond y a su banda de asesinos; y los hay que exigen que Culter sea el primero en hacerlo para demostrar su lealtad. Pero si Richard Crawford de Culter no interfiere, si dice que tiene cosas más importantes de las que ocuparse y se niega en redondo a cazar a su hermano como a un perro rabioso, eso tampoco lo convierte en traidor.

Y, llenando de aire las holgadas cavidades de sus mejillas, Buccleuch añadió:

—Además, Culter acaba de casarse. No se le puede culpar por querer dejar de momento el escudo y las armas a buen recaudo.

—Maldición —dijo, molesto, Tom Erskine—. Si yo no se lo echo en cara. No es culpa suya. La culpa debe ser de esa belleza morena irlandesa con la que se ha casado, así que no creo que se entere de nada aunque el Protector llame a la puerta principal de Midculter y le pida un vaso de agua. Pero...

El rojo semblante se había calmado.

—Tenéis toda la razón, por supuesto. —dijo Buccleuch cordialmente—. Por otro lado, se me ocurre que si Culter desea tener algún crédito en la corte, le hará falta capturar a ese diablo de rostro angelical.

Mungo Tennant, el silencioso anfitrión, pudo por fin hacer un respetuoso comentario a sus ilustres invitados.

—¿Crawford de Lymond, sir Wat? —dijo—. Ahora mismo no está en el país, según tengo entendido. Está en los Países Bajos, me parece. Y cuándo volverá, es algo que sólo Dios lo sabe... Diablos, ¿qué debe importarnos?

Fue sólo un estornudo, pero un estornudo proveniente de fuera de la habitación, lo que hizo esfumarse cualquier atisbo de intimidad. Tom Erskine llegó primero; los otros dos le pisaban los talones. El cuarto de al lado estaba vacío, pero la puerta del dormitorio de Mungo estaba entreabierta. Erskine, empuñando una vela como si fuera un estandarte, entró a toda prisa.

Lymond, con su resplandeciente cabello suave como el de un polluelo y unos ojos en los que brillaba la desvergüenza, los observaba desde un espejo de plata. Antes de que Erskine pudiera llamar a nadie, Buccleuch y Mungo Tennant se habían apelotonado detrás de él, y Lymond había dado dos pasos hasta la puerta, donde se plantó con el pestillo en una mano y la espada en la otra, a la altura del vientre de los que entraban que, tras un impulsivo primer salto en su dirección, retrocedieron inmediatamente al estar desarmados.

—Como dice mi querida señora de Suffolk —dijo tranquilamente Lymond—, Dios es un ser maravilloso.

Sus ojos, azules como el aciano, se posaron meditabundos sobre sir Wat.

—No estaba al día de los cotilleos... Nouvelle amour, nouvelle affection; nouvelles fleurs parmi l'herbe nouvelle. Decidle a Richard que su esposa todavía tiene que conocer a su cuñado, su ganado marino[2], su escorpión marino, precioso en la época de apareamiento. Lástima que no tengáis vuestras espadas encima.

La ira se apoderó del rostro de Buccleuch.

—Perro asesino... Esta noche será la última que conozcáis.

—Sí, sí; ya sé. Trinchado, apaleado y desollado, y ahorcado en un patíbulo de seis peniques —mantened la distancia—, pero no será esta noche. La ciudad no es ninguna maravilla, pero tiene buenos baños. Y esta noche luchan los ratones y las ranas, ¿eh, Mungo?

—Este hombre está loco —dijo tajantemente Buccleuch, que había conseguido hacerse con un morillo de la chimenea.

[2] *Ganado marino* es el nombre en español del barco en que Lymond llega a Escocia (*Sea-Cattle*) (N. del T.)

—A Mungo no se lo parece —dijo Lymond—. No puede pensar en otra cosa que no sea en la lujuria y en su tesoro.

Y lo cierto es que Mungo Tennant, con la piel de jineta que llevaba al cuello empapada en sudor, boqueaba ante el intruso.

Lymond sonrió.

—Tened cuidado —dijo—.Veo abismos que bostezan a vuestros pies. O mea cella, ya sabéis...

Y entonces, Mungo se dio cuenta de a que se enfrentaba.

—Te lo ruego, no vaciles en tu huida, cuco, dijo el sabio.

Mungo Tennant no respondió. Se precipitó hacia Lymond, chocó contra Tom Erskine y, al caerse, se sentó sobre la vela. Durante unos instantes reinó un indescriptible alboroto, en medio del cual los tres hombres y el morillo se enredaron en la oscuridad tropezando unos con otros entre maldiciones. Por fin alcanzaron la puerta y la descerrajaron. El pasillo, al menos hasta donde empezaba la escalera, se encontraba vacío, y los ágiles pies que bajaban por ella a toda prisa estaban ya a una distancia considerable. Se lanzaron tras él.

Había tres pisos sobre el nivel del suelo, y la escalera era de caracol. El eco de los bramidos de Buccleuch hizo vibrar los cazos y cucharones de la cocina, Tom Erskine berreaba, y Mungo chillaba como poseído. Desde sus camastros, los sirvientes oyeron el griterío y se levantaron, encendieron antorchas y en el piso inferior empezó a oírse el agitado ir y venir de sus pies descalzos.

La cerda de Mungo también los había oído. Ebria de gozo, se precipitó hacia las escaleras en cuanto llegó el primer sirviente de Mungo. Se lanzó hacia ellos, aleteando sus enormes orejas y arqueando la grupa como un druida al amanecer, mientras Lymond y sus perseguidores bajaban a toda prisa. Rebotó contra el espigón, arañó el enlosado con las pezuñas y después empujó a Mungo Tennant, prorrumpiendo en un sonoro chillido con el que demostraba su apasionada adoración porcina. Mungo cayó hacia atrás, Buccleuch se abalanzó sobre él y Tom Erskine se catapultó de cabeza sobre ambos, aterrizando sobre el montón de alborotadas pelambreras que se atascaban al pie de la escalera como las hojas de maíz en un rastrillo. La única hoja que pudo escabullirse, sin que nadie reparase en ella entre tanto alboroto, fue Lymond.

La intrincada maraña se agitaba sobre las escaleras, gritando, chillando y gruñendo, balanceándose e intentando desembrollarse, sin

entender que tenían los pies atrapados bajo la cerda. Buccleuch fue el primero en soltarse, sobrevolando el enjambre con sus canosos bigotes como una cometa china en un carnaval.

—Lymond —chilló—. ¿Dónde se ha metido?

Finalmente registraron la casa sin encontrar ni rastro de él. A quien sí encontraron fue al sirviente de Mungo, atado y amordazado en la cochiquera.

—¡Maldita sea! —dijo Bucchleuch, furioso—. Las ventanas están atrancadas y las puertas cerradas con llave; tiene que estar aquí. ¿Dónde está vuestra despensa?

Mungo tenía la cara manchada de babas de cerdo.

—Ya he mirado allí. No hay nadie.

—Bueno, pues miremos otra vez —soltó Buccleuch, que se plantó allí antes de que Mungo pudiera detenerlo—. ¿Qué es eso?

Era, sin duda alguna, una trampilla. Mungo Tennant, trémulo de angustia, consiguió retenerlos durante diez minutos: les explicó que estaba sellada; que era ornamental; que estaba cerrada con llave y que ya no se usaba. Finalmente, Buccleuch dejó de escucharle y fue a por una palanca.

Se abrió sin muchos problemas, con un sonido siseante y engrasado.

Las preocupaciones de Mungo habían sido superfluas. Ni en la caverna que servía como segunda despensa, ni en el extenso túnel subterráneo que conducía al Nor' Loch se encontraba ya mercancía de contrabando alguna. Pero como los toneles de Burdeos eran difíciles de transportar, al día siguiente no hubo pozo en Edimburgo por el que no corriese el caldo. Y aquel día, víspera de la invasión inglesa, la gente de High Street estuvo durante una o dos horas tan ebria como la cerda de Gosford Close.

Más tarde, en las aguas del Nor' Loch se escuchó una tenue risa acompañando a una tonadilla.

Había una vez una dama que a un cerdo amaba,
«Cariño», dijo ella,
«¿Por qué no te acuestas conmigo esta noche?»
«Oink», contestó él.

Mucho después de alcanzar la orilla con el botín y sus hombres, Francis Crawford de Lymond, hombre de agudo ingenio y retorcida

imaginación, criado entre lujos y heredero de una fortuna, se puso en marcha hacia Midculter, con la intención de colarse en el castillo de su nueva cuñada.

«¿Por qué no te acuestas conmigo esta noche?»
«Oink», contestó él.

En el castillo de Midculter, junto al río Clyde, en las tierras bajas del suroeste de Escocia, la viuda lady Culter había dado a luz a tres hijos, de los cuales, la más joven, Eloise, había muerto cuando no era más que una adolescente. Los dos varones que le quedaron habían crecido en diversos lugares de Francia y Escocia: ella se había encargado de que aprendiesen latín, francés, filosofía y retórica, caza, cetrería, hípica y tiro con arco, así como el arte de matar con la espada limpiamente. Cuando su marido murió violentamente en el campo de batalla, el mayor, Richard, pasó a ser el tercer barón de Culter, y Francis, su hermano, recibió en herencia el título de señor de Culter, además de adoptar el nombre de sus propias tierras de Lymond.

Hasta que Richard se casó, Sybilla, lady Culter, había vivido en Midculter sola con su hijo mayor. Sobre lo que pensaba de las actividades del pequeño no decía una palabra. Tras los esponsales, había acogido en el castillo a Mariotta, esposa de Richard, con los brazos abiertos y la mirada resplandeciente, y aquel día, a finales del verano de 1547, se había despedido de su hijo, que se dirigía a una de sus interminables reuniones locales, e invitado a las mujeres de la vecindad a conocer a su nueva nuera. Y así, en ausencia de Richard, cuarenta mujeres parloteaban en mecedoras y canapés, arropadas bajo las bóvedas por los tapices y grabados que habían cosechado la fama del Gran Salón de Midculter.

Mariotta, una morena preciosa, se sentía flotar gracias a los cumplidos y a la envidia que despertaba. La madre de Richard, Sybilla, una dama pequeña y elegante, de ojos color turquesa y blanca tez, cedió el protagonismo a su nuera casi totalmente, repartida su atención entre la intendencia de la casa y las conversaciones.

—¿Y cómo está Will? —preguntó maquinalmente a Janet, la tercera y más fantástica esposa de Wat Scott de Buccleuch. Y Janet, una mujer huesuda, de rostro atractivo y piel sonrosada, treinta años más joven que Buccleuch y la más espabilada de una familia

toda ella tremendamente inteligente, miró fijamente al techo y soltó un quejido.

Para Sybilla, el heredero que Buccleuch había engendrado de su primera esposa era un niño pelirrojo y de trato agradable que, tras perder a su madre a los cinco años había sido criado con esmero por el que por aquel entonces era capellán de sir Wat. Después de aquello, Buccleuch lo había enviado a Francia, donde había estudiado en el Grand Collège hasta aquel mismo año. De todas formas, Sybilla fue capaz de hacer su propia interpretación del quejido de Janet.

—¿Religión o mujeres? —preguntó lady Culter, haciendo gala de su experiencia.

—¡Mujeres! —fue aquel un grito de desesperación—. ¿Os imagináis a Will Buccleuch moviendo un pelo del bigote por una mujer? De ninguna manera. La filosofía moral, ése es el problema —dijo Janet en tono triste—. Al pobre Will le han enseñado la filosofía moral, y su padre está que se sube por las paredes.

—Bueno, pero se trata de teología —dijo Sybilla, algo insegura—. Supongo que todo irá bien si hace como Lindsay y no pasa de los versos yámbicos. Desde luego si se va a convertir en calvinista o luterano, o en seguidor de Erasmo, o en anabaptista, eso no es nada bueno... mira lo que pasó con George Wishart y los castellanos.

—No cita a Lutero. Cita a Aristóteles y a Boecio, y las leyes de la caballería, y las opiniones del Caballero de Bayard sobre la lealtad y la ética en la batalla. Es tan condenadamente moralista que debería estar haciendo el pino en la cueva de Platón. Y no hay quien le haga callar. Estoy segura —dijo lady Buccleuch con cierto regocijo siniestro—, de que en Hawick los gloriosos campos de la caballería están algo fangosos, pero ésa no es excusa para llamar a su padre «viejo salvaje sin principios», y a cualquier otro escocés «sabandija traidora».

Sybilla intentó mantener la calma.

—Wat sabe mantener un debate, ¿por qué no le explica las cosas?

—Porque Buccleuch no es un santo de piedra, y Will es capaz de acabar con la paciencia del Arcángel Gabriel —dijo lady Buccleuch con franqueza—. Todavía no le habéis oído hablar sobre el perjurio, el patriotismo y las lealtades divididas. La última vez que vino a vernos, no pasaron ni cinco minutos antes de que Wat y yo estuviéramos chillándonos el uno al otro como si fuéramos güelfos y

gibelinos. Malditos sean todos ellos —dijo pensativa y se detuvo, escudriñando con la mirada.

Mariotta se acercó a su suegra, que no dejaba de sonreír, mientras lady Buccleuch proseguía diciendo:

—Ya os habréis enterado de que Lymond ha vuelto.

Durante un segundo, los inteligentes ojos azules de Sybilla se cerraron. Seguidamente la madre de Lymond se dio la vuelta y dijo:

—Mariotta, querida. Los gitanos. Imagino que ya habrán terminado de comer allí abajo, y será mejor hacerles marchar antes de que Richard vuelva con los caballos. Aunque parecían muy honrados. ¿Te importaría..?

Mariotta y la viuda lady Culter se entendían a la perfección. Mariotta se rió, e inmediatamente fue a encargarse de que los gitanos se marchasen.

—Menos mal que vinieron —dijo Sybilla—, porque los músicos de refuerzo no llegaban, aunque las acrobacias no son mi entretenimiento favorito. Y entonces, ¿qué es lo que vais a hacer con Will?

—Ya no estábamos hablando de Will —dijo lady Buccleuch, directa y precisa—. Como bien sabéis, estaba hablándoos de Lymond.

—Sí —dijo la viuda—. Sí, ahora lo recuerdo; y sí, por lo que sé, lo han visto por los alrededores. Al menos eso es lo que dicen.

Con alguna dificultad, Janet consiguió que aquellos divagantes ojos azules se fijaran en ella.

—Sybilla, ¿y qué crees que pasará con Lymond y el matrimonio de Richard?

—No tiene ninguna importancia. Ninguna en absoluto. Lymond nunca podría ser lord Culter tal y como están las cosas. Incluso perdió el derecho a las tierras de Lymond cuando lo declararon forajido. No hay otro heredero. Si Richard y Mariotta muriesen, toda la fortuna iría a parar a manos de la Corona.

—Ciertamente, ahora no podría ser el sucesor de Richard —dijo Janet—. Pero, ¿y si los ingleses tomaran el poder? No sería la primera vez que un criminal en busca y captura acabara plácidamente su vida entre sábanas de seda gracias a un cambio político.

—Eso dicen. Pues llegado el caso habría que dar gracias —dijo Sybilla—, porque de momento mi hijo se ha ganado la enemistad de todos los partidos de Europa a fuerza de engaños y de trampas. ¿Has probado ya el bermellón para tus cortinas?

Esta vez, lady Buccleuch aceptó la indirecta.

Cuando Mariotta volvía por la escalera de caracol, oyó caballos en el patio, por lo que dedujo que Richard y su comitiva habían llegado. La dignidad a que se debe una esposa luchaba en su interior con el deseo de bajar corriendo por la escalera. Todavía dudaba cuando fue alcanzada por los pasos que subían por la escalera, de cuyas enroscadas profundidades se alzó una cabeza rubia, extraña y desconocida, como un nautilo que sale de su concha.

La joven lady Culter, de temperamento atrevido e ingenuo, recogió sus faldones de suave y brillante tejido, y dejó escapar una risita.

—¿Puedo ayudaros, señor?

En el momento en que aquella cándida irlandesa detectó el carácter celta de aquel inquietante personaje, la cautela se apoderó de ella.

—Otra vez me he metido por la escalera del servicio. Este lugar fue construido por y para los topos, y a las damas y a los caballeros que nos zurzan. Jennie, alma mía, ¿dónde está tu señor? ¿Los traces d'amour? ¿El camino a Culter? Cualquier Culter me vale: la anciana lady Culter, la joven lady Culter, o ese lord de mediana edad...

Si ella llegó a pensar que aquel hombre desvariaba, fue sólo por un instante.

—Vuestro sentido del humor es algo tosco, ¿no creéis? —dijo amablemente—. Mi marido no ha llegado aún, pero su madre está arriba. Puedo llevaros ante ella, si lo deseáis.

Por respuesta obtuvo una sonora y risueña risotada.

—Una Culter, con mal carácter y de cabellos morenos. Venid a bailar conmigo a Irlanda.

—En efecto —dijo Mariotta, seria—, soy lady Culter. Imagino que vos sois un amigo de mi marido.

Se detuvo dos escalones debajo de ella.

—Imaginad lo que queráis. Por cierto, el amarillo no os sienta bien, ni tampoco mendigar cumplidos.

—Yo... ¡Válgame Dios! —dijo Mariotta, alterada—. Unos modales tan deplorables no tienen excusa.

—A Richard tampoco le caigo bien —dijo melancólicamente el rubio— pero eso no os concierne. ¿Os cae bien Richard?

—¡Estoy casada con él!

—Por eso lo pregunté. Por casualidad, no creeréis en la poliandria, ¿verdad? —Apoyó su brazo contra el poste de la escalera, mi-

rándola con gesto risueño—. Es complicado ¿no os parece? Yo podría ser un primo lejano con un curioso sentido del humor, en cuyo caso sería ridículo por vuestra parte poneros a gritar. También podría ser un famoso cretino que deberíais mantener alejado de vuestros invitados a cualquier precio. O podría ser... ¡Oh no, ángel mío!

En un abrir y cerrar de ojos, la muñeca de Mariotta se vio aprisionada entre los dedos del extraño, que cortó así de un tirón la precipitada bajada al piso inferior, donde ella pensaba encontrar a su marido y a los criados de éste.

—O también podría molestarme. No seáis ingenua, querida —dijo—. Los que habéis oído entrar no eran otros que mis hombres. No se trata de un intruso, sino de una invasión.

Apretada contra él, no pudo esquivar su mirada. Sus ojos eran tan profundos y de un azul tan intenso como los de la viuda Culter. Y al darse cuenta, el impacto de conocer con quién trataba congeló su gesto y paralizó su pulso.

—¡Ya sé quién sois! ¡Sois Lymond!

La soltó aplaudiendo.

—Yo retiraré los insultos más personales si vos retiráis vuestro brazo sin darle un uso impío. Pues bien, mi querida cuñada, ascendamos como Jacob al seno materno. Para mi gusto —dijo—, creo que deberíais vestiros de rojo.

Y es que aquel no era otro que el hermano de Richard. Cada frase que salía de sus labios era como un palimpsesto, dos voces hablando al mismo tiempo. Su ropa, oscura y opulenta, estaba algo desaliñada. Su piel, morena y curtida; sus bellos ojos miraban entrecerrados, y su boca era insolente y autocomplaciente. Recibió el escrutinio sin rencor.

—¿Qué esperabais? ¿Una víbora, un demonio, un idiota redomado? ¿A Milo con el buey sobre sus hombros, a Angra Mainyu preparada para librar batalla contra Zoroastro, al Asno de Oro? ¿O es que no conocíais el color de la familia? Richard no lo tiene. El pobre Richard es, simplemente, marrón, y más tieso que un palo...

—Al menos conozco el poema —exclamó Mariotta, cuya muñeca empezaba a escocer—. El rojo es sabio, el marrón juicioso, el color claro es envidioso...

—Y el negro lujurioso. No son pocas las trampas en las que habéis tenido la desgracia de caer hoy... Si lo deseáis, podéis salir corriendo despavorida. Ahora eso ya no importa, aunque hace cinco

minutos estábamos algo apurados... había que atar a los sirvientes... recolectar la plata... había que recoger el tesoro de Richard de su escondite habitual. Ciertamente, Richard es un hombre de costumbres inquebrantables.

Había empezado a deambular distraído, dejándola atrás en la escalera, cuando Mariotta, asustada y estupefacta, empezó a seguirlo.

—¿Qué es lo que queréis?

Él meditó un momento.

—Diversión, básicamente. ¿No creéis que ya va siendo hora de que mi familia comparta mis desventuras, como deben hacer unos buenos cristianos? Además, la depravación tiene sus gastos: con milagros o sin ellos, mis queridos diamantes marrones no se reproducen; se disuelven. La falta de moderación, Mariotta, lo despoja a uno de dinero y de satisfacción estomacal. ¿Pero quién es capaz de corregirla? Yo no. Aquí me tenéis, llorando amargas lágrimas de mirra para demostrarlo.

Llegaron a la entrada del salón. Con una mano en la columna, se dio la vuelta, mirándola con un brillo intenso en sus ojos azules.

—Observad con atención. Estamos a punto de provocar un vuelco emocional en cuarenta senos formidables. Con un breve discurso, o quizás dos, propongo conducir a estas mujeres alternativamente por la alteración, la superioridad, el desprecio y la ira: habrá un poco de tragedia; terrible y lírica; ungida y repleta, como dijo el poeta, de colorida consternación. ¿Me darán las gracias por ello?

Mariotta, afilando su ingenio, aportó el único argumento disuasorio que se le ocurrió:

—Vuestra madre está ahí dentro.

Él la escuchó con tranquilo deleite.

—Entonces alguien me reconocerá, al menos —dijo Crawford de Lymond, justo antes de empujar suavemente la puerta para que ella pudiera pasar.

Mientras tanto, sir Wat Scott de Buccleuch cabalgaba hacia el oeste, hacia Edimburgo, libre al fin de los consejos del Canciller y habiendo dejado atrás a su buen amigo Tom Erskine, a un angustiado contrabandista y a una cerda deprimida.

Buccleuch estaba acostumbrado a la guerra. Desde que acabó la edad dorada, antes de la batalla de Flodden, tenía la impresión de